

Israelitas. Echan á Absalon en un foso, y levantan sobre él un monton de piedras. Aquimaas y Cusi llevan á David la noticia de la victoria: llora David á su hijo sin poderse consolar (cap. xviii). Joab se lo echa en cara, como si fuera hacer poco aprecio de sus mas fieles servidores, y lo obliga á mostrarse á su pueblo. Todas las tribus de Israel se estimulan á porfia para llamar al rey, y noticioso David de esta buena disposicion, empeña á los de Judá á que salgan á encontrarlo: Semei y Siba vienen á su encuentro: perdona á Semei, y reprende á speramente á Abisai, que queria matarlo. Recibe las justas excusas de Mifboset, y manda que Siba le devuelva la mitad de los bienes que le habia dado. Berzellai acompaña á David en el paso del Jordan; se despide de él, y ya no piensa sino en morir en paz en su tierra, dejando á su hijo con David (cap. xix). Murmura Israel contra Judá: Seba excita una nueva sublevacion contra David, y separa de él á Israel. Encierra David para siempre á las concubinas suyas de que habia abusado su hijo. Joab concibe zelos de la confianza que David manifiesta á Amasa, y mata á este á traicion. Sitia luego á Seba, que se habia retirado á Abela, en donde una muger muy prudente le hace cortar la cabeza, y la envia á Joab: retirase este general con sus tropas, y se vuelve á Jerusalem (cap. xx).

Dios en castigo de las crueldades que Saul habia ejecutado en los Gabaonitas, aflige la tierra de Israel con una hambre, que dura tres años; y David para satisfacer á los Gabaonitas les entrega siete hijos de Saul, que ellos crucifican sobre una montaña. Resfa, madre de dos de los muertos, se mantiene junto á los cadáveres cuidándolos hasta que llovió sobre ellos. David hace sepultar sus huesos con los de Saul y Jonatás en el sepulcro de Cis, padre de Saul. Sostiene David todavía cuatro guerras contra los Filistéos, de quienes queda victorioso, perdiendo estos cuatro hombres de prodigiosa grandeza (cap. xxi). Aquí se halla el cántico que entonó David en accion de gracias al Señor por haberlo librado de sus enemigos (cap. xxii). Sigue luego una especie de poema compuesto de siete versículos ó estrofas, intitulado *Las últimas palabras de David*. Lo demas del capítulo contiene los nombres de los hombres mas valientes que hubo en el reinado de David (cap. xxiii). Hace David en fin la enumeracion de su pueblo: quieren disuadirlo sus oficiales, mas prevalece la voluntad del rey: hace Joab el censo, y reconoce David la falta que ha cometido. El profeta Gad le da á escoger entre tres azotes el que quira que le envíe el Señor: escoge David la peste, mueren setenta mil hombres, el rey ofrece sacrificios al Señor, y cesa la peste (cap. xxiv). Tal es el sumario del 2.º libro de los Reyes.

La resolucion que tomaron los Israelitas en tiempo de Samuel de darse un rey, ocasionó un gran cambio en su república (1). Hasta entonces se habia gobernado la nacion por jueces suscitados por el mismo Dios: habia vivido el pueblo en gran libertad, cuya conservacion consistia en él; y habria sido el mas feliz de los pueblos, si hubiera querido permanecer fiel á su Dios, y observar constan-

(1) Este artículo y los dos siguientes son de Calmêt.

V.
Reflexiones
sobre el es-
tablecimien-
to de la mo-
narquía de
los Hebréos
y sobre el

temente sus leyes. Mas la inconstancia del espíritu humano, que de ordinario se cansa de lo que le es mas ventajoso, y el ejemplo de las naciones vecinas, cada una gobernada por un rey, hicieron nacer en los Hebréos el deseo de tener tambien el suyo. Vió Dios esta resolucion de su pueblo como un insulto hecho á su Magestad, y como un atentado contra su soberano dominio: dióles á Saul en su cólera (1), y experimentaron en su reinado, que no es el príncipe, sino únicamente Dios, quien distribuye las victorias, y hace los estados florecientes.

Al establecer un rey en Israel, solo fue el designio del Eterno darles un ejecutor de sus voluntades, y un teniente que rigiese y obrase en su nombre: el príncipe á la cabeza de los Hebréos, comandaba el ejército del Altísimo, y hacia las guerras del Señor (2): se ponía en campaña por sus órdenes, libraba la batalla segun sus oráculos, y se retiraba luego que habia cumplido lo que Dios exigia de él. En lo demas, nacido el rey igual al último de sus súbditos, obligado como ellos á todos los deberes de una religion severa y exacta, sin tropas extranjeras, sin socorros exteriores, era al mismo tiempo el ungido del Señor y su vicario, el hermano de sus súbditos, el general del ejército, el juez en las contiendas, y el ciudadano en los asuntos domésticos. Saul empero olvidó sus deberes; y queriendo gobernar como independiente, y elevarse en su orgullo, fue justamente reprobado por el que lo habia escogido y sacado de la baja.

David fue mas dichoso por haber mostrado siempre mas humildad y sumision. Antes de él era electivo el reino; pero en recompensa de su fidelidad, quiso Dios hacerlo hereditario en su familia: hasta entónces la profecía habia sido rara en Israel; consultábase al gran sacerdote por el Urim y el Tumim sobre lo que debia emprenderse, y el mismo David lo habia practicado así á los principios; pero en lo sucesivo consultóse á los profetas. Ninguna cosa de consideracion se emprendia sin saber primero su dictámen: los príncipes deferian á su opinion, y se sometian á sus reprensiones.

El objeto principal del historiador sagrado, ó mas bien del Espíritu Divino que dirigia su pluma, no fue darnos una historia civil y política, ni ensalzar las virtudes militares, las conquistas, ó la habilidad en los negocios de las personas de quien habla: era su designio dejarnos una historia enteramente santa, y en la que Dios aparece siempre como cabeza, como Señor, como rey de Israel, y como causa en fin de todos los acontecimientos. En una palabra, el escritor no pierde un punto de vista al Señor Dios de Israel; su religion, su ley, su poder y su justicia, son sus objetos principales. Por otra parte, parece especialmente atento á todo lo concerniente á la persona y familia de David: cuanto se dice en el libro 1.º de los Reyes, se refiere á este príncipe, quedando los cuarenta años del reinado de Saul como sepultados en el olvido, pues solo se nota en ese tiempo lo que Saul hizo en favor ó en contra de David. Pone el historiador grande atencion en todo lo que toca al Arca del Se-

(1) Osee. xiii. 11. *Dabo tibi regem in furore meo.*—(2) 1. Reg. xxv. 28. *Prælia Domini, domine mi, tu præliaris.*

caracter de
Saul y de
David.

VI.
Objeto prin-
cipal del his-
torador.

ñor, á su Tabernáculo, á sus ministros: si elogia ó condena, si ensalza ó abate, es siempre segun la adhesion ó despego de las personas de quienes habla hácia la ley del Señor, su religion y ceremonias. Estos son en efecto los verdaderos y sólidos motivos de alabanza y estima, de reprension ó desprecio, que deben animar á un historiador sagrado.

VII.
Paralelo de los historiadores sagrados y profanos.

Esto es con puntualidad lo que eleva infinitamente las historias sagradas sobre las profanas. En estas se nos pinta el hombre, sus pasiones, sus vicios, su ambicion, su crueldad y su injusticia; en aquellas vemos á Dios siempre justo, siempre sabio, obrando, ordenando, disponiéndolo todo, y empleando las pasiones y la malicia misma de los hombres para ejercer sus juicios, y cumplir sus determinaciones. Se dirá tal vez que esto mismo aparece en todos los acontecimientos é historias del universo. Nada es mas seguro; pero hay esta diferencia entre los historiadores sagrados y los profanos; que estos están mas ocupados del hombre que de Dios, y no nos ofrecen de ordinario sino sus propias conjeturas sobre las causas de las revoluciones que nos presentan; miéntras que aquellos nos llaman sin cesar hácia Dios, nos tienen apegados á la consideracion de su Providencia, nos descubren con seguridad los resortes de su sabiduría y su mano poderosa, fijan nuestros juicios, y no nos permiten atribuir á causas arbitrarias los efectos que nos relacionan.

Por otra parte, no es esta una historia de la eleccion del que la escribe, y cuya verdad dependa de sus buenas ó malas cualidades: todo en ella es escogido por el Espíritu Santo, todo tiene el carácter de la pura verdad, sin que el escritor haga otra cosa que prestar su mano para escribir lo que el espíritu de Dios le inspira.

Los historiadores comunes, por mucho deseo que tengan de no ocultar la verdad, de no dejarse seducir por las apariencias engañosas, ni de dar en cosas falsas, ó verlas al través, son arrastrados á estos escollos no pocas veces sin saberlo, ni quererlo ellos mismos: su propia ignorancia, sus pasiones, la obscuridad en que están envueltas las acciones humanas, y la aplicacion que emplean los hombres en ocultarse y suprimir lo que no les hace honor, son cosas todas que forman otros tantos velos que cubren necesariamente la historia. El historiador mejor intencionado nos engañará si el mismo está engañado. Aquí nada de eso hay que temer: seguros de la verdad de los hechos, de la sinceridad del escritor, de la sabiduría, y de las luces infinitas é infalibles del primer autor que es el Espíritu Santo; leemos con placer, con respeto y con seguridad, y formamos juicios exactos y desinteresados de los hechos y las personas, porque no juzgamos por nosotros mismos, sino por el testimonio del Espíritu Divino, que distribuye los elogios y reprensiones en justicia y equidad.

No se perdona al príncipe impío, y recibe justas alabanzas el príncipe piadoso; mas solo se alaba en él el bien y la virtud. No estamos expuestos á ver excusar el crimen con nombres especiosos, ni á oír disminuir las malas acciones con rodeos lisongeros y delicados. Si David incurre, su culpa se presenta segun es en sí, y se pinta sin paliarla con los mas vivos y negros colores; si se arrepiente y hace penitencia, se le hace la justicia que se le debe.

El autor sagrado nos representa al Señor (1) como un Dios justo, santo, todopoderoso, sensible á las miserias de su pueblo, compasivo en sus debilidades, y siempre pronto á perdonarle sus faltas, luego que tiene la confianza de convertirse á él con un sincero arrepentimiento. Nos lo hace ver como el remunerador de la virtud, el protector de la inocencia, y el vengador de los delitos: nos hace palpar en todas partes que el único camino para llegar á la felicidad, que con tanto ardor anhelamos, y tan ansiosamente apetecemos, es la humilde sumision á los preceptos del Señor, y la perfecta obediencia á sus voluntades. He aquí las primeras instrucciones que nos suministra esta historia: ella nos presenta igualmente ejemplos interesantes de las virtudes que debemos seguir, é imágenes sensibles de los vicios que debemos evitar.

El sexo devoto halla en la madre de Samuel un modelo perfecto de paciencia, dulzura y humildad: aprende de esta muger á recurrir á Dios en sus aflicciones, y á poner en él toda su confianza: advierte en la educacion que ella da á su hijo, el cuidado que debe tener en mirar á los suyos como un depósito que Dios ha puesto en sus manos, y del cual ha de darle cuenta: conoce en fin en las gracias de que Dios colmó á este hijo, cuán ventajoso es para los que diere á luz, consagrarlos al servicio del Señor, que hizo á Samuel el gefe de su pueblo, el juez de Saul, el protector de David, y uno de los mas grandes profetas.

Los padres cristianos ven tambien en el gran sacerdote Helí, que es perder indubitablemente á sus hijos, no reprenderlos con toda la severidad que merecen; y que nada es mas funesto para ellos, que tolerarles faltas que acarreen sobre sus personas la cólera del Eterno.

Los Israelitas que inducen á los hijos de Helí á llevar á su campo el Arca del Señor, son la imagen de aquellos cristianos que obligan á los dispensadores de los divinos misterios á dárselos, aun cuando son indignos de recibirlos. Se lisongean por este medio de atraer sobre sí la proteccion del cielo; pero ¡cuánto se engañan! En lugar de ella se atraen su venganza terrible, y jamás los hace Dios sentir mas vivamente el peso de su enojo, que cuando se entrega él mismo á sus deseos desordenados. Estos cristianos impenitentes se regocijan, como los Filistéos, de tener en su poder el Arca de Dios; mas esta Arca santa léjos de derramar sobre ellos sus saludables influencias, los castiga con llagas, y les da la muerte, porque halla en sus corazones el ídolo de sus pasiones que no han querido destruir.

Saul es la imagen de los que entran á las dignidades de la Iglesia ó del siglo con legitima vocacion, llevando un corazon humilde, sencillo y obediente á los mandatos de Dios; pero que despues se pierden por el orgullo, por la envidia, la avaricia y obstinacion.

David en su infancia, es un modelo perfecto de inocencia, de dulzura y de humildad: en edad mas adelantada es un brillante ejemplo de virtud, de fortaleza y de valor; pero de un valor que nace de la confianza que ha puesto en Dios, y del celo en que ardé por

(1) Este último trozo se ha sacado del Prefacio del P. Carrières, á excepcion de dos reflexiones del P. Calmet, que se indicarán en su lugar.

Instrucciones y misterios que encierran estos libros.

la gloria de su nombre, y por la salud de su pueblo. Elevado al trono, conserva su primera sencillez: perseguido por Saul, le profesa el mismo respeto y fidelidad: probado con los mas duros padecimientos, se mantiene siempre firme en su fe, y en su adhesion á la justicia. Mas este hombre en fin, segun el corazon de Dios, cae en el crimen; y despues de haber sido un perfecto modelo de todas las virtudes, es un ejemplo terrible de la corrupcion del corazon humano. Dios permite su caida para enseñar á los justos lo que deben temer de su propia debilidad, y á los pecadores lo que pueden esperar de su infinita misericordia.

Esta misericordia viene á buscar á David al abismo profundo á donde su crimen lo habia precipitado, y le inspira los sentimientos mas vivos de un sincero arrepentimiento. Este gran rey recibe con moderacion las amonestaciones de un súbdito, confiesa su culpa con humildad, y acepta el castigo con sumision; advierte su crimen con horror, pero sin perder la confianza: recibe los mas sangrientos ultrajes sin murmurar ni quejarse: conserva un tierno amor á su hijo rebelde, y reconoce que Dios se sirve justamente de la ambicion del hijo para castigar la infidelidad del padre.

Estas sagradas historias no solamente son instructivas y edificantes en las verdades que contienen á la letra, y en los hechos y acontecimientos que refieren (1); no es solo la fidelidad y celo de Samuel, la clemencia y penitencia de David lo que admiramos; descubrimos en todo esto otra cosa mas elevada y superior: las historias, los hechos, y los acontecimientos, son como otras tantas profecías, que deben tener su cumplimiento de una manera tan verdadera y exacta, como las profecías verbales de los profetas. Dios, que es el árbitro de las acciones de los hombres, nos instruye no ménos en los hechos que en las palabras: ha dispuesto de tal modo el fondo de las circunstancias de estas historias, que ellas son propias para representar los misterios de la religion cristiana, y lo que debe suceder á Jesucristo y á su Iglesia. Así puede decirse en cierto modo, que toda esta historia no es otra cosa, que una gran parábola, fundada en la verdad de la narracion de las acciones de los reyes del pueblo de Dios.

La Iglesia se nos representa admirablemente en la persona de Anna, madre de Samuel: fue estéril al principio, insultada por los Judíos figurados en Fenenna, y amada no obstante de su esposo, á quien ella da en fin muchos hijos que obtiene de la omnipotencia de Dios con sus lágrimas y oraciones.

Se advierte en la persoua de Saul una de las mas expresas figuras de la reprobacion de los Judíos (2). Escogido por Dios para ponerlo á la cabeza de su pueblo, consagrado por un profeta, lleno él mismo del Espíritu Santo y del don de profecía por algun tiempo, y ennoblecido por un gran número de victorias; no deja de ser despues de todo esto abandonado de Dios, y de caer en todos los excesos de que es capaz un corazon lleno de ambicion, de orgullo y de crueldad. Persigue á David su bienhechor, escudo de Israel, ter-

(1) Esta es reflexion del P. Calmet en su Prefacio.—(2) Es tambien reflexion del P. Calmet en su Comentario sobre el segundo libro de los Reyes.

ror de sus enemigos; y lo persigue hasta armar á todo su reino contra él, y querer darle la muerte con su propia mano. ¿No se ve en todo esto el bosquejo de lo que sucedió á los Judíos en tiempo de Jesucristo?

David es tambien una figura muy clara de Jesucristo. Sus trabajos, sus combates y victorias, son una imágen de los sufrimientos del Salvador, y de la gloria que adquirió por ellos. David es consagrado (1) desde su juventud en casa de su padre, por mano del profeta Samuel enviado de Dios; mas esta accion tan importante y que ha de tener tan grandes consecuencias, queda sepultada en un profundo secreto. Samuel, despues de haber obedecido á Dios consagrando á David, se retira; y David, consagrado rey de Israel, vuelve á guardar las ovejas de su padre: en medio de su reino es despreciado de sus propios hermanos, y desconocido á sus súbditos. Nada es mas grande que él á los ojos de Dios; pero su grandeza es sin esplendor: todo en él es inaccesible á los sentidos, y no puede ser descubierto sino por una luz divina. A cuantos no alumbra esta divina luz, engaña el exterior: toman por un jóven comun al que es un señor y rey, mas que no debe tomar posesion de su reino, sino despues de muchos combates, humillaciones y sufrimientos. ¿Quién no conoce en estos rasgos á Jesucristo, llamado con el nombre de David por los profetas, consagrado rey por la union del Verbo con la humanidad; mas viviendo mucho tiempo en la obscuridad de su retiro, desconocido á todos aquellos entre quienes vivia, expuesto á sus desprecios, obligado á substraerse por medio de la fuga al furor de sus enemigos, no ofreciendo á los sentidos nada de lo que atrae á los reyes de la tierra las miradas y respetos de los hombres, ni siendo conocido por lo que era, sino por el corto número de aquellos que alumbraba la fe, y no debiendo entrar á su gloria sino por las ignominias de la cruz?

Todo nos instruye en los combates de David con las fieras y contra Goliat; pero nada está marcado en ellos con caracteres mas luminosos, que la victoria de Jesucristo sobre el demonio. Este espíritu de tinieblas, hecho enemigo de los hombres, reúne en sí la fiera del leon y la fuerza del gigante: ¿quién de entre los hombres podria vencerlo por sus propias fuerzas, y arrebatarle su presa? Lo que todos los hombres juntos habrian intentado vanamente, lo ha hecho Jesucristo por nosotros y en nuestro nombre. Animado por el celo de la gloria de Dios, y de la salud de sus hermanos, y revestido de una fuerza divina, él solo entre todos se atreve á atacar al enemigo de los hombres. No opone en el exterior á este espíritu soberbio mas que armas débiles y despreciables; pero lo abate de un solo golpe por la fuerza invisible y oculta, cuyo fundamento lleva en sí mismo. Su cruz, figurada en el cayado de David, es un objeto de burla para los corazones incircuncisos é idólatras; pero ella es la virtud omnipotente de Dios para derribar todo poder que se levanta contra él, para vencer al demonio con sus mismas armas, y para salvar de la esclavitud á los que miraba como su conquista.

(1) Lo demas de este Prefacio, es un suplemento que añadimos en esta edicion. (Nota de la penúltima edicion francesa).

Cuando David llega al trono, reina desde luego sobre la tribu de Judá, es decir, sobre sus hermanos, y despues sobre Israel que se habia separado en la muerte de Saul: reune á entrambos pueblos, pone fin á su division reconciliándolos en su persona, y hace de ellos un solo reino y un solo pueblo. Así es como Jesucristo fue reconocido desde luego por solo los judios fieles, sus hermanos segun la carne, siéndolo despues por los gentiles que voluntariamente quiso llamar, destruyendo entre los dos pueblos la enemistad que los dividia, para no formar de los unos y los otros mas que una sola Iglesia, de quien es cabeza y rey, y un solo rebaño, de quien es pastor.

¡Qué diferencia entre David lleno de gloria, vencedor, rico y poderoso, reinando sobre un pueblo innumerable, y el mismo David humillado, fugitivo, desechado de todos, y no teniendo donde reclinar su cabeza! Sin embargo, esta primera condicion, y esta primera vida, le abrieron el camino para el cetro y la gloria, á fin de que expresara en uno y otro estado las humillaciones y la gloria de Jesus y de sus santos; porque este príncipe, como llamado divinamente á reinar, es imágen de la vocacion de los justos, que son llamados al reino de los cielos; como perseguido ántes de subir al trono, es imágen de lo que han de sufrir los santos para llegar á reinar; y como reinando con tanta gloria y esplendor, despues de haber triunfado de todos su enemigos, es imágen de la paz y gloria de los santos, despues de sus triunfos y victorias.

Aun podriamos llevar mas adelante este paralelo; pero dejamos á nuestros lectores el cuidado de hacerlo por sí mismo, siguiendo las indicaciones que les presentamos, segun el Apóstol, los santos Padres y los intérpretes piadosos é ilustrados.

Eph. ii. 14.
et seqq.

DISERTACION

SOBRE

LA CUARTA EDAD DEL MUNDO,

Desde que comenzó el reinado de David, hasta el principio de la cautividad de Babilonia.

EN nuestra segunda *Disertacion sobre la tercera edad del mundo*, manifestamos que á ejemplo de San Agustin puede extenderse la duracion desde Abraham hasta David, segun las mismas expresiones de San Mateo. Considerada así esta edad, se extiende pues, desde la vocacion de Abraham hasta el principio del reinado de David. Sentado esto, siguiendo siempre á San Mateo y San Agustin, dirémos que la cuarta edad se extiende desde David hasta la cautividad de Babilonia, es decir, desde el principio del reinado de David hasta el

de esta cautividad, que comenzó en el año cuarto del reinado de Joakim, hijo de Josias, rey de Judá, primero del reinado de Nabucodonosor, rey de Babilonia, setenta años ántes de la libertad que dió á los Judios Cyro, fundador del imperio de los Persas. La duracion de esta cuarta edad está determinada de tres maneras diferentes: 1.º por la sucesion de los *reyes de Judá*; 2.º por la de los *reyes de Israel*; y 3.º por los *trecientos noventa años* de que se habla en *Ezequiel*, cap. iv v. 5 y sig. Los dos primeros cálculos son muy complicados, porque es necesario conciliar las épocas de los reinados de los *reyes de Israel* con las de los *reyes de Judá*: parece que el tercero deberia ser mucho mas sencillo; pero tambien es necesario conciliarlo con las épocas de los reinados de unos y otros reyes. En la edicion precedente nos habiamos tomado el cargo de conciliar todas estas épocas por medio de cálculos, cuyos simples resultados presentamos á nuestros lectores, siguiendo principalmente la cronologia de Userio, imitada por Lancelot; pero habiendo propuesto el P. Houbigant algunas nuevas observaciones sobre este particular, hemos resuelto examinar con él las dificultades que pueden encontrarse en estos cálculos, y si es posible dar una nueva luz á esta parte de la cronologia sagrada.

Comienza el P. Houbigant presentando en latin la tabla que va á continuacion en castellano, á cuyo principio pone en las columnas de los reyes de Judá, estas palabras: *Salomon reina cuarenta años*. Omitimos esta línea porque, como él mismo reconoce, no deben entrar estos cuarenta años en la suma total con que concluye la primera columna, pues debe resultar únicamente de la duracion que forman los reinados de los *reyes de Judá*, comenzando por el de Roboam que sucedió á Salomon. Pero observaremos que estos cuarenta años del reinado de este rey son efectivamente parte de la cuarta edad de que tratamos.

Comenzando esta edad por el reinado de David, comprende el de Salomon, y es importante observar aquí de qué modo se enuncia la duracion del reinado de estos dos príncipes, pues esto influirá en lo que ha de decirse de los otros reinados.

Se dice en el libro 2. de los Reyes cap. v. v. 4: *David tenia treinta años cuando comenzó á reinar, y reinó cuarenta*; y estos cuarenta se explican despues en el v. 5., donde se lee: *Reinó en Hebron sobre Judá siete años y seis meses, y en Jerusalem sobre Israel y Judá treinta y tres*; de que resultan *cuarenta años y medio*, y sin embargo, la Escritura solo da *cuarenta* al reinado de David. Lo mismo repite en el libro 3. cap. ii. v. 11., donde se lee: *Los días del reinado de David en Israel fueron cuarenta años. Reinó en Hebron siete, y treinta y tres en Jerusalem*, omitiéndose los *seis meses*, como se omitirán casi siempre en lo sucesivo en la duracion del reinado de los príncipes. Pero debe observarse que en el texto del libro 2. donde se expresan estos *seis meses*, no se sacan sin embargo á la suma total mas que *cuarenta años*, sin duda porque los *seis meses* que excedian por una parte á los siete años, completaban por otra los *treinta y tres*.

Siguiese el reinado de Salomon, del que se dice en el libro 3. cap. xi. v. 42: *Los días del reinado de Salomon en Jerusalem so-*

I.
Observaciones generales sobre la sucesion de los reyes de Israel y Judá.